León Tolstói

La muerte de Iván Ilich

Смерть Ивана Ильича

EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado
de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés
(Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo,
Espiritualidad, Tradición…) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y Documentos
La muerte de Iván Ilich
León Tolstói

1.ª edición: junio de 2025

Título original: *Смерть Ивана Ильича*

Traducción: *Equipo editorial*
Corrección: *Sara Moreno*
Diseño de cubierta: *Carlos Pan*

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 253
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-291-9
DL B 5823-2025

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna
por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

I 7
II 23
III 37
IV 51
V 65
VI 73
VII 79
VIII 87
IX 99
X 105
XI 111
XII 117

I

En el gran edificio de las instituciones judiciales, durante un descanso en la sesión del caso Melvinski, algunos miembros y el fiscal se reunieron en el despacho de Iván Egórovich Shebék y comenzaron a hablar del famoso caso Krasovski. Fiódor Vasílievich discutía acaloradamente que la sala no era competente para juzgarlo, mientras Iván Egórovich se mantenía firme en su postura. Por su parte, Piotr Ivánovich, sin tomar parte en la discusión, hojeaba el periódico recién recibido, *Las Noticias.*

—¡Caballeros! –dijo de repente–. Iván Ilich ha muerto.

—¿De verdad?

—Lean aquí –respondió, entregándole el fresco y aún perfumado ejemplar a Fiódor Vasílievich.

En un marco negro se leía:

«Praskovia Fiódorovna Golovina, con profundo pesar, informa a familiares y conocidos del fallecimiento de su querido esposo, miembro del Tribunal Judicial, Iván Ilich Golovín, acaecido el 4 de febrero de 1882. El funeral se celebrará el viernes a la una de la tarde».

Iván Ilich era compañero de los presentes, y todos le apreciaban. Llevaba varias semanas enfermo, y se comentaba que su enfermedad era incurable. Aunque su puesto seguía reservado para él, se consideraba la posibilidad de que, en caso de su muerte, Alekséiev ocupase su lugar, y en el de Alekséiev, o bien Vínnikov o Shtábel. Así que, al enterarse de la muerte de Iván Ilich, el primer pensamiento de cada uno de los presentes fue qué implicaciones tendría esta muerte en cuanto a posibles ascensos o movimientos en el ámbito laboral, tanto para ellos como para sus conocidos.

«Ahora seguramente conseguiré el puesto de Shtábel o Vínnikov –pensó Fiódor Vasílievich–. *Ya me lo habían prometido desde hace tiempo, y este ascenso representa ochocientos rublos adicionales, sin contar las dietas».*

«Será el momento de pedir el traslado de mi cuñado desde Kaluga –reflexionó Piotr Ivánovich–. *A mi esposa le encantará. Ya no podrá decir que nunca he hecho nada por sus familiares».*

—Ya me imaginaba que no se recuperaría –comentó Piotr Ivánovich en voz alta–. Qué pena.

—¿Qué era exactamente lo que tenía?

—Los médicos no lograron determinarlo. Bueno, determinaron cosas, pero no se ponían de acuerdo. La última vez que lo vi, me pareció que mejoraba.

—Yo no lo he visitado desde las fiestas. Siempre lo dejaba para después.

—¿Tenía algún patrimonio?

—Parece que algo pequeño en manos de la esposa. Pero poca cosa.

—Sí, habrá que ir. Vivían terriblemente lejos.

—Es decir, lejos para ti. Todo te parece lejos.

—No me puedes perdonar que viva al otro lado del río –respondió Piotr Ivánovich, sonriendo a Shebék.

Empezaron entonces a hablar de las distancias urbanas y, poco después, regresaron a la sesión.

Además de las reflexiones sobre los posibles cambios laborales que la muerte de Iván Ilich podía traer, el propio hecho de la muerte de un conocido cercano generó en todos, como siempre, un senti-

miento de alivio: *«Murió él y no yo»*. Este pensamiento o sensación pasó por la mente de todos.

Sin embargo, los conocidos más cercanos, los llamados amigos de Iván Ilich, no pudieron evitar pensar también en el fastidio de tener que cumplir con los deberes sociales: asistir al funeral y visitar a la viuda para expresar sus condolencias.

Los más cercanos a Iván Ilich eran Fiódor Vasílievich y Piotr Ivánovich.

Piotr Ivánovich había sido su compañero en la escuela de jurisprudencia y sentía una deuda moral hacia él.

Tras comunicar a su esposa durante la comida la noticia de la muerte de Iván Ilich y la posibilidad del traslado de su cuñado, Piotr Ivánovich se puso el frac sin descansar y se dirigió a casa de Iván Ilich.

En la entrada del edificio donde vivía Iván Ilich había un carruaje y dos cocheros. En el recibidor, junto al perchero, se apoyaba contra la pared la tapa dorada del ataúd, decorada con borlas y adornos bien pulidos. Dos mujeres vestidas de negro se quitaban sus abrigos de piel. Una era la hermana de Iván Ilich, conocida por todos; la otra, una dama desconocida.

Desde las escaleras descendía el compañero de Piotr Ivánovich, Shvartz. Al ver a este último, le guiñó un ojo desde lo alto de la escalera, como que-

riendo decir: *«Iván Ilich se organizó mal; no como nosotros»*.

El rostro de Shvartz, con sus patillas al estilo inglés y su delgada figura enfundada en un frac, tenía, como siempre, una elegante solemnidad. Esa solemnidad, que normalmente contrastaba con su carácter juguetón, resultaba aquí particularmente irónica, pensó Piotr Ivánovich.

Piotr Ivánovich dejó pasar a las damas y subió tras ellas lentamente por la escalera. Shvartz no descendió, sino que se detuvo arriba, claramente esperando para organizar algo, probablemente una partida de cartas para esa misma noche. Las damas subieron hacia la habitación de la viuda, mientras Shvartz, con los labios apretados de forma solemne pero con una mirada burlona, señaló con las cejas a Piotr Ivánovich el cuarto donde estaba el difunto.

Al entrar, como suele ocurrir en estas situaciones, Piotr Ivánovich no supo muy bien qué debía hacer. Sólo tenía claro que persignarse nunca estaba de más. Sobre si debía inclinarse o no, no estaba tan seguro, así que optó por un término medio: comenzó a persignarse mientras hacía un ligero gesto de reverencia. Al mismo tiempo, miraba alrededor de la habitación. Dos jóvenes, uno de ellos un estudiante de secundaria, probablemente sobrinos, salían del cuarto persignándose. Una anciana

permanecía inmóvil, mientras una dama con las cejas curiosamente alzadas le susurraba algo. Un diácono, con levita, leía en voz alta con tal convicción que parecía rechazar cualquier objeción. Por su parte, Gherasim, el criado, pasó junto a Piotr Ivánovich con pasos ligeros, esparciendo algo por el suelo. Este gesto hizo que Piotr Ivánovich percibiera de inmediato un ligero olor a descomposición.

En su última visita a Iván Ilich, Piotr Ivánovich había visto a Gherasim en el despacho, donde actuaba como enfermero. Iván Ilich le tenía un afecto especial. Mientras continuaba persignándose e inclinándose ligeramente hacia un punto intermedio entre el ataúd, el diácono y los iconos en la esquina, Piotr Ivánovich sintió que este gesto ya se prolongaba demasiado. Deteniéndose, decidió observar al difunto.

El cadáver yacía, como yacen siempre los muertos, con un aire especialmente solemne, hundido con sus rígidos miembros en el acolchado del ataúd. La cabeza, para siempre inclinada sobre la almohada, mostraba el amarillento y ceroso semblante del fallecido, con la frente prominente, las sienes hundidas y la nariz apuntando hacia abajo, como si presionara sobre el labio superior. Se veía aún más delgado que la última vez que lo había visto Piotr Ivánovich, pero, como sucede con todos los muer-

tos, su rostro tenía un aire de belleza y, sobre todo, de trascendencia que no tenía en vida.

En la expresión del rostro había un mensaje claro: *«Lo que había que hacer, se ha hecho, y se ha hecho bien»*. Además, parecía haber un reproche, o un recordatorio, para los vivos. Este recordatorio le pareció a Piotr Ivánovich fuera de lugar o, al menos, no dirigido hacia él. Algo en todo esto le resultó incómodo, por lo que se persignó apresuradamente una vez más y, según le pareció, demasiado rápido para lo que dictan las normas de decoro, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Shvartz le esperaba en la sala contigua, de pie con las piernas ligeramente separadas y jugando con su sombrero de copa tras la espalda. La figura impecable, limpia y elegante de Shvartz, con su aire despreocupado, refrescó a Piotr Ivánovich. Comprendió que Shvartz estaba por encima de toda esa situación, inmune a las impresiones deprimentes. Su mera presencia transmitía el mensaje de que el incidente de la muerte de Iván Ilich no era motivo suficiente para alterar el orden de las cosas, como, por ejemplo, una buena partida de cartas esa misma noche.

Shvartz le dijo en voz baja, mientras Piotr Ivánovich pasaba junto a él, que se uniera a la reunión en casa de Fiódor Vasílievich. Sin embargo, el des-

tino parecía haber dispuesto que esa noche Piotr Ivánovich no jugaría a las cartas.

Praskovia Fiódorovna, la viuda, apareció de repente. Era una mujer baja, corpulenta, cuya figura, a pesar de sus esfuerzos, se ensanchaba notablemente desde los hombros hacia abajo. Vestida completamente de negro, llevaba la cabeza cubierta con un velo de encaje, y sus cejas, al igual que las de la dama que estaba junto al ataúd, estaban extrañamente levantadas. Acompañó a unas damas hacia la puerta del cuarto del difunto y, al regresar, dijo:

—Enseguida comenzará el oficio fúnebre; pasen, por favor.

Shvartz, haciendo un vago gesto de reverencia, se detuvo, sin aceptar ni rechazar la invitación implícita. Praskovia Fiódorovna, al reconocer a Piotr Ivánovich, suspiró, se acercó hasta él, le tomó la mano y dijo:

—Sé que usted era un verdadero amigo de Iván Ilich… –y lo miró, esperando de él una reacción acorde con sus palabras.

Piotr Ivánovich sabía que, así como en la habitación del difunto debía persignarse, aquí debía apretar la mano, suspirar y decir: *«¡Créame!»*. Y eso fue exactamente lo que hizo. Al hacerlo, sintió que el resultado era el esperado: tanto él como la viuda parecían conmovidos.

—Venga, antes de que comience el oficio; necesito hablar con usted –dijo la viuda–. Deme su brazo.

Piotr Ivánovich le ofreció el brazo, y ambos se dirigieron a las habitaciones interiores, pasando junto a Shvartz, quien, con una expresión triste, le guiñó el ojo a Piotr Ivánovich, como diciendo: *«Bueno, adiós a la partida. Habrá que buscar otro compañero. Quizá más tarde, cuando termine aquí, volvemos a ser cinco»,* decían sus ojos juguetones.

Piotr Ivánovich suspiró aún más profundamente y con mayor tristeza, gesto que Praskovia Fiódorovna agradeció apretando su mano. Entraron en la sala, tapizada de cretona rosa y tenue iluminación, donde se sentaron junto a una mesa: ella en el sofá, y Piotr Ivánovich en un taburete bajo con las cuerdas flojas que cedían bajo su peso. La viuda pensó en advertirle que usara otra silla, pero decidió que no correspondía a su posición hacerlo.

Al sentarse en el taburete, Piotr Ivánovich recordó cómo Iván Ilich había decorado esa sala y le había pedido consejo sobre esa misma cretona rosa con hojas verdes. La viuda, al sentarse en el sofá y pasar cerca de la mesa (repleta de pequeños objetos y muebles), enganchó el encaje negro de su mantilla en la ornamentación de la madera. Piotr Ivánovich intentó levantarse para ayudarla, pero al ha-

cerlo, el taburete bajo él se agitó y lo empujó hacia arriba. La viuda intentó soltarse por sí misma, y Piotr Ivánovich volvió a sentarse, reprimiendo al taburete rebelde. Sin embargo, el encaje seguía enganchado, y nuevamente tuvo que levantarse, provocando un crujido del taburete. Finalmente, el encaje fue liberado, y la viuda sacó un pañuelo de batista limpio para empezar a llorar.

Este episodio del encaje y la lucha con el taburete enfrió los ánimos de Piotr Ivánovich, quien permaneció sentado, frunciendo el ceño. La incómoda situación fue interrumpida por Sokolov, el mayordomo de Iván Ilich, quien entró para informar que el lugar en el cementerio que había escogido Praskovia Fiódorovna costaría doscientos rublos. La viuda dejó de llorar, y con aire de mártir miró a Piotr Ivánovich, diciendo en francés:

—*C´est si difficile*…

Piotr Ivánovich, con un gesto mudo, expresó su plena comprensión de que no podía ser de otra manera.

—Por favor, fume si lo desea –le dijo ella con una voz a la vez generosa y abatida, mientras hablaba con Sokolov sobre el precio del terreno.

Mientras encendía un cigarro, Piotr Ivánovich escuchó cómo la viuda discutía detalladamente los costos de los diferentes espacios en el cementerio y

decidía cuál debía elegirse. Además, dio órdenes respecto al coro para el funeral. Cuando Sokolov se retiró, ella dijo:

—He de ocuparme de todo yo misma –y, apartando unos álbumes que estaban sobre la mesa, notó que la ceniza amenazaba con caer sobre la superficie. Sin demora, empujó un cenicero hacia Piotr Ivánovich y continuó:

—Mentiría si dijera que el dolor me impide ocuparme de los asuntos prácticos. Al contrario, si algo puede… no consolarme, pero sí distraerme, son estas responsabilidades relacionadas con él.

Sacó nuevamente su pañuelo, como si estuviera a punto de llorar otra vez, pero repentinamente, como sobreponiéndose, se sacudió y empezó a hablar en un tono más tranquilo:

—Sin embargo, tengo que pedirle algo.

Piotr Ivánovich inclinó la cabeza, cuidando de no agitar las cuerdas del taburete, que ya comenzaban a moverse debajo de él.

—En sus últimos días, sufrió mucho.

—¿Sufrió mucho? –preguntó Piotr Ivánovich.

—Ay, ¡terrible! Durante las últimas horas, no dejó de gritar ni un solo instante. ¡Tres días seguidos gritando sin cesar! Fue insoportable. No entiendo cómo pude soportarlo. Se oía incluso a tra-

vés de tres puertas cerradas. ¡Ah, lo que he tenido que soportar!

—¿Y permaneció consciente hasta el final? –preguntó Piotr Ivánovich.

—Sí –susurró ella–, hasta el último momento. Se despidió de nosotros un cuarto de hora antes de morir y pidió que sacáramos a Volodia de la habitación.

La idea del sufrimiento de Iván Ilich, a quien conocía desde niño como un alegre compañero de juegos, y luego como un colega adulto, horrorizó repentinamente a Piotr Ivánovich. A pesar de ser consciente de la falsedad tanto de él como de la viuda en esta situación, la imagen del sufrimiento lo impactó profundamente. Volvió a ver en su mente la frente cerosa y el rostro rígido de Iván Ilich, y sintió miedo por sí mismo.

«Tres días de agonía y la muerte. Eso podría sucederme en cualquier momento», pensó. Por un instante, el terror lo invadió. Sin embargo, casi inmediatamente, una idea familiar lo tranquilizó: *«Esto le pasó a Iván Ilich, no a mí. No tiene por qué sucederme a mí».* Pensó que estaba dejándose llevar por un estado de ánimo sombrío, algo que no debía permitirse, como era evidente en el rostro despreocupado de Shvartz. Al llegar a esta conclusión, Piotr Ivánovich se sintió más tranquilo y comenzó

a preguntar con interés por los detalles de la muerte de Iván Ilich, como si fuera una experiencia única y peculiar de él, completamente ajena a sí mismo.

Tras hablar sobre los terribles dolores físicos que había padecido Iván Ilich (detalles que Piotr Ivánovich deducía más por el impacto que éstos causaron en los nervios de Praskovia Fiódorovna que por los hechos en sí), la viuda, al parecer, decidió abordar el tema principal.

—Ah, Piotr Ivánovich, ¡qué difícil, qué terriblemente difícil! –dijo ella, y volvió a llorar.

Piotr Ivánovich suspiró y esperó a que terminara de sonarse la nariz. Cuando lo hizo, él dijo:

—Créame…

Ella, entonces, empezó a hablar de lo que claramente era su verdadera preocupación: cómo obtener algún dinero del Gobierno por la muerte de su esposo. Aunque fingía pedir consejo, era evidente que ya conocía hasta los más mínimos detalles de lo que podía reclamar y, además, buscaba saber si había alguna manera de conseguir aún más.

Piotr Ivánovich intentó pensar en alguna opción, pero tras reflexionar y quejarse brevemente, por cortesía, de la avaricia del Gobierno, concluyó que no era posible obtener más. Ante esto, ella suspiró y, al parecer, empezó a buscar una manera de despedir a su visitante. Piotr Ivánovich compren-

dió la indirecta, apagó su cigarro, se levantó, le estrechó la mano y se dirigió al vestíbulo.

En el comedor, donde estaban los relojes que tanto habían alegrado a Iván Ilich cuando los compró en un mercadillo, Piotr Ivánovich se cruzó con el sacerdote y otros conocidos que habían llegado para el oficio fúnebre. Entre ellos vio a la hija de Iván Ilich, una joven hermosa y delgada, vestida de negro. Su cintura, ya de por sí estrecha, parecía aún más marcada. Su expresión era sombría, decidida, casi enojada. Se inclinó ligeramente hacia Piotr Ivánovich, como si él tuviera alguna culpa en todo lo ocurrido.

Detrás de ella estaba un joven rico y conocido por Piotr Ivánovich, un investigador judicial que, según había oído, era el prometido de la hija. También él tenía un aire de resentimiento. Se inclinó brevemente y pasó hacia la habitación del difunto.

En ese momento, un adolescente que salía de debajo de la escalera llamó la atención de Piotr Ivánovich. Era el hijo de Iván Ilich, quien se parecía asombrosamente a su padre en su juventud. Tenía los ojos llorosos y la expresión avergonzada de un niño de trece o catorce años que había hecho algo mal. Cuando vio a Piotr Ivánovich, frunció el ceño con una mezcla de dureza y timidez.

Piotr Ivánovich le saludó con un movimiento de cabeza y entró en la habitación donde se celebraba el oficio fúnebre. Había velas, incienso, sollozos y llantos. Piotr Ivánovich permaneció de pie, con el ceño fruncido, mirando al suelo frente a él. Evitó mirar al cadáver y, resistiéndose a las emociones que flotaban en el aire, fue uno de los primeros en salir.

En el vestíbulo no había nadie. Gherasim, el sirviente, salió de la habitación del difunto, rebuscó entre los abrigos con sus fuertes manos y encontró el de Piotr Ivánovich.

—¿Qué tal, amigo Gherasim? –le dijo Piotr Ivánovich, sólo por decir algo–. ¿Te da pena?

—Es la voluntad de Dios. Todos acabaremos allí –dijo Gherasim, mostrando sus blancos y robustos dientes de campesino.

Actuando como un hombre en pleno apogeo de trabajo intenso, abrió rápidamente la puerta, llamó al cochero, ayudó a Piotr Ivánovich a subir al coche y, con la misma rapidez, regresó al pórtico, como si buscara algo más que hacer.

Piotr Ivánovich disfrutó especialmente de respirar el aire fresco tras haber estado en medio del incienso, el olor a cadáver y el ácido carbólico.

—¿A dónde lo llevo? –preguntó el cochero.

—Aún es temprano. Pasaré un ratito por casa de Fiódor Vasílievich.

Piotr Ivánovich se dirigió allí y, efectivamente, llegó justo cuando acababan la primera partida de cartas, lo que le permitió unirse a ellos como el quinto jugador.